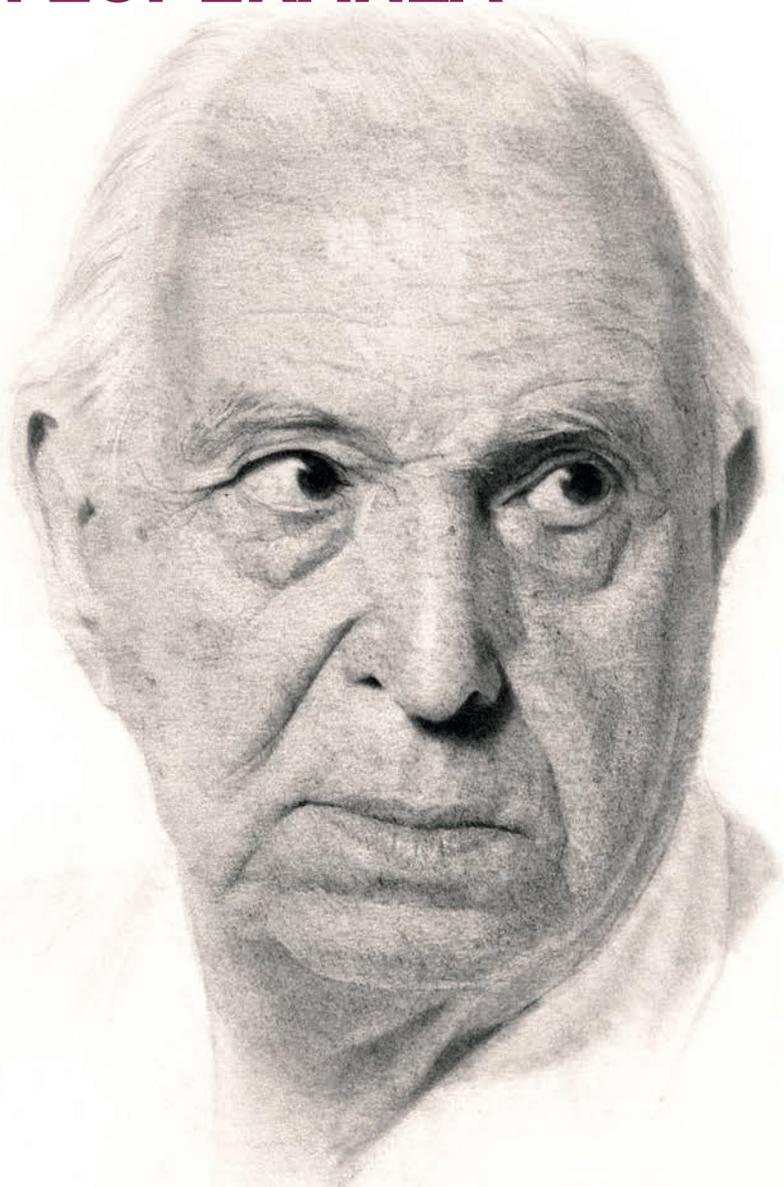


PEDRO LAÍN ENTRALGO

ANTROPOLOGÍA
DE LA ESPERANZA



Ental - 85

Pedro Laín Entralgo
Antropología
de la esperanza

Presentación de Antonio Piñas Mesa



© Herederas de Pedro Laín Entralgo y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025
Presentación de Antonio Piñas Mesa

Imagen de cubierta: Retrato de Pedro Laín Entralgo.
Carboncillo y lápiz sobre papel, 1985. Autor: Hernán Cortés Moreno.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 169

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-234-9

Depósito Legal: M-9487-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	7
Pedro Laín, un médico humanista.....	7
Laín a vista de pájaro.....	9
Laín, filósofo de la esperanza.....	17
PRÓLOGO.....	23
INTRODUCCIÓN	
HISTORIA DEL ESPERAR HUMANO	29
Constitución de la teoría cristiana de la esperanza	31
La esperanza en el mundo moderno	39
La esperanza en la crisis de nuestro tiempo	48
I. CUERPO Y ESPÍRITU EN EL ACTO DE ESPERAR	69
Introducción cosmológica al estudio de la esperanza	70
Biología de la espera humana	89
Introducción neumatológica al estudio de la esperanza	101
II. EL PROYECTO, LA PREGUNTA Y LA ESPERA.....	107
Proyecto y pregunta.....	107
Pregunta y creencia	118

Pregunta y creación.....	129
Pregunta y comunidad.....	139
Estructura de la espera humana	144
III. LA ESPERA Y LA ESPERANZA.....	149
La espera en la vida del hombre.....	149
Modos de la espera: espera y fortaleza.....	154
Modos de la espera: espera, angustia y esperanza.....	167
La esperanza natural.....	186
«Beata spes»	219
EPÍLOGO	
ESPERANZA, HISTORIA Y ESCATOLOGÍA	223
Esperanza, historia y utopía: Bloch.....	225
Esperanza, promesa y escatología: Moltmann.....	269
Esperanza y praxis social: La cooperación como imperativo..	311
BIBLIOGRAFÍA	315

PRESENTACIÓN

PEDRO LAÍN, UN MÉDICO HUMANISTA

Los lectores de obras del pensamiento pueden felicitarse por la reedición de *Antropología de la esperanza*, libro del ilustre humanista español Pedro Laín Entralgo (1908-2001). Es esta una de esas creaciones intelectuales llamadas a no quedar nunca desfasadas porque trata de uno de los temas que siempre ha inquietado al alma humana. Entre las grandes preguntas kantianas se encuentra el interrogante ¿qué nos cabe esperar? Tanto los filósofos como las mentes cavilosas a lo largo del tiempo se han visto enfrentadas a esta cuestión última que no es otra que la pregunta por el sentido de hombre y del mundo.

Al leer esta obra disfrutará de un estudio singular del intelectual español que más páginas ha dedicado al estudio histórico y antropológico del esperar y la esperanza humana. Es este un libro que enganchará a los amantes del pensamiento y a quienes buscan *dar razón de su esperanza*.

Aunque el autor sigue siendo conocido para los lectores de pensamiento en lengua española contemporánea, conviene recordar a grandes trazos la figura y obra de Pedro Laín. Una duda frecuente es si Laín fue médico o filósofo. Su formación inicial fue en Química y después en Medicina, pero pronto su interés se

centró en el estudio de la mente humana, la incipiente psicología de la década de los treinta en España y el estudio de la psiquiatría. Como médico ejerció más bien poco. Su vocación fue la Historia de la medicina como método para comprender lo que había sido el ejercicio de la Medicina y para seguir indagando en la comprensión del hombre. No realizó estudios formales de Filosofía pero desde joven fue un ávido lector de obras filosóficas, sobre todo leyó a Scheler. A Laín le ocurrió como a su amigo el médico Juan Rof Carballo; siendo ambos médicos de formación, sus conocidos y lectores les reconocen más bien como pensadores. La amplísima bibliografía de Laín delata esa más que afición por la filosofía, llegando a escribir en 1964 junto con Julián Marías una *Historia de la Filosofía y de la Ciencia*.

La fecunda imbricación que Laín lleva a cabo entre las Humanidades y la Medicina le convierten en un médico humanista. Lejos de lo que suele pensarse, los médicos humanistas no son los que dedican su tiempo libre a cultivar las humanidades por mero disfrute o cultivo del alma humana sino quienes metódicamente recurren a las humanidades para una mejor comprensión del enfermar humano, la salud y la terapéutica. Tal fue el caso de Gregorio Marañón, verdadero modelo de médico ensayista que marcó a generaciones de galenos como la de Laín. También se le ha reconocido, sencillamente, como un humanista. Diego Gracia —su sucesor en la cátedra de Historia de la medicina— califica a su maestro y amigo como uno de los grandes humanistas del siglo XX¹, entendiendo el término «humanismo» —matiza Gracia— en el sentido que adquiere en el siglo XVI: el humanista es aquel que se deja asombrar por la realidad y que se distancia de los grandes sistemas para centrarse más en la experiencia. En este sentido, el

¹ Gracia, Diego, «El humanismo de Pedro Laín», en Diego Gracia (ed.), *Ciencia y vida. Homenaje a Pedro Laín Entralgo*, Fundación BBVA, Bilbao 2004, p. 211.

humanismo de Laín es antidogmático y abierto a la escucha para poder comprender al otro. La vida como ejercicio de comprensión será santo y seña del magisterio lainiano.

Una de las obras más traducidas de su largo elenco bibliográfico es *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, en la que confluyen dos de sus intereses: la historia y la medicina antropológica. Frente a la creciente tecnificación de la Medicina, Laín, por avatares del destino que vamos a reseñar, se encuentra con una tradición de médicos alemanes que, siguiendo la estela del método psicoanalítico, abogan por una medicina centrada en la persona y su narración. Otra de las obras más conocidas de Laín será *La historia clínica*. En todos los textos que escribe sobre la temática médica, observamos esa intención de recuperar al enfermo de carne y hueso que no puede ser reducido a cosa, sino que solo puede ser correctamente comprendido como sujeto narrativo y no como mero objeto diseccionable.

Esta dedicación intelectual al cuidado humanizado del enfermo y a la historia de las Humanidades explica los reconocimientos que recibió en sus últimos años; con ocasión de la celebración del décimo aniversario del Hospital Universitario Príncipe de Asturias (Madrid) el entonces ministro de Sanidad, José Manuel Romay, le entregó la medalla «Una vida dedicada a la medicina humanística» y cumplidos los 90 años es condecorado con la medalla de oro de la Organización Médica Colegial (OMC) de manos de su presidente, el Dr. Ignacio Sánchez Nicolay, en reconocimiento de su labor en la medicina, las ciencias y las artes.

LAÍN A VISTA DE PÁJARO

Para comprender la génesis del pensamiento de un autor es necesario adentrarse en su biografía. El 15 de febrero de 1908, en el pueblo turolense de Urrea de Gaén, nace Laín en una familia de clase media. Su padre era médico rural de ideología republicana

liberal y su madre una mujer profundamente católica. Sus estudios de bachillerato los realizará en Soria y en Teruel. En octubre de 1923 ingresa en la Facultad de Ciencias dentro de la Sección de Químicas de la Universidad de Zaragoza. Allí permanecerá tan solo un año ya que en el otoño de 1924 se traslada a la Universidad de Valencia donde finalizará los estudios de Ciencias químicas y Medicina. Recibe formación de Juan Peset, catedrático de Medicina Legal, la mejor cabeza, nos dice, de aquella Facultad valenciana, y de Juan José Barcia Goyanes que en ese momento imparte un curso monográfico sobre psicoanálisis. Con este médico humanista trabará una fuerte amistad.

Estudiando quinto curso, opositó y ganó la plaza de alumno interno de Medicina legal, lo que le facilitó poder trabajar durante un año al lado de Peset. Sin embargo, el evento más importante fue escuchar el excelente y atractivo cursillo de Psiquiatría que Peset impartía a sus alumnos. Ahí se encuentra el germen de su vocación por la psiquiatría antropológica, «definitiva tierra de promisión de su itinerante vocación intelectual»². Comienza así su creciente interés por la antropología y por el descubrimiento del alma humana.

En este momento, y de forma autodidacta, se adentra en la filosofía movido por el deseo de obtener un saber integral que articule la explicación científica y la interpretación filosófica. Ortega, D'Ors y Zubiri serán sus gigantes del pensamiento. Tras finalizar la carrera dedicó unos años al estudio de la Medicina legal, especializándose en el campo de la Psiquiatría. Mucho habrá de influir el movimiento de Antropología filosófica que surge en la Alemania de los años 30 abanderado por Max Scheler.

Ahora bien, este interés vocacional por las disciplinas teóricas y filosóficas hizo que Laín casi no desarrollara una experiencia clínica, no tuvo contacto con enfermos. Su interés por la Psiquiatría fue

² Albarracín, Agustín, *Retrato de Pedro Laín Entralgo*, Círculo de Lectores, Barcelona 1988, p. 35.

desde un ángulo teórico, siendo consciente de que la Psiquiatría era el campo del saber médico que más se acercaba a la verdadera realidad del hombre. Gracias a Ortega y a la *Revista de Occidente*, conoció la obra de Max Scheler. *El resentimiento en la moral*, *Ordo amoris*, *El puesto del hombre en el cosmos*, *Sociología del saber*, *Esencia y formas de la simpatía*, son las obras fundamentales que moldearán la visión filosófica sobre el hombre presente en los escritos de Laín. No obstante, es cierto que el filósofo que marcará de forma decisiva su trayectoria filosófica será Xavier Zubiri; a pesar de ello, Laín, al alcanzar su plenitud intelectual, sigue reconociendo el influjo del pensamiento de Scheler en su obra.

En octubre de 1930, con 22 años, se traslada a Madrid para cursar un doble doctorado en Química y Medicina. En estos cursos conoce a quien será su mujer, Milagro Martínez.

El ambiente intelectual del Madrid de los años 30 es muy sugestivo. En el ámbito filosófico Ortega era la figura estelar, Zubiri comenzaba a despuntar como uno de los grandes filósofos en la Facultad de Filosofía y Letras, no menos la figura de García Morente y el mismo José Gaos. En esta circunstancia cultural madrileña las inquietudes filosóficas de Laín van a recibir un buen espaldarazo gracias a la afinidad con Ortega, Zubiri y E. D'Ors. Estos encuentros van a ser los máximos incentivos para la vocación teórica y filosófica que desde la adolescencia movía el corazón de Laín. Pero en Madrid están también las grandes figuras de la Medicina, por ejemplo, Marañón y Jiménez Díaz. Su esperanza es poder completar la formación psiquiátrica que venía adquiriendo en Valencia, no obstante, su camino intelectual se iba decantando hacia la formación como historiador de la medicina: Madrid será el trampolín definitivo hacia su futuro.

También será relevante en su itinerario de fe el poder asistir en el Teatro Alcázar de Madrid a las conferencias de Ángel Herrera Oria del que —hasta el momento— Laín era un gran entusiasta. En Valencia había tenido una progresiva conversión de fe en la que

tuvo un papel importante el franciscano P. Antonio Torró, quien había desarrollado una serie de conferencias acerca de la idea cristiana del amor que marcó de por vida a Laín. Leyó con profusión a los filósofos más relevantes que estaban desarrollando un estudio filosófico del amor o una reflexión filosófica en torno al amor en el judaísmo y en el cristianismo. Tal era el caso de autores como Scheler y Nygren en cuyas obras conocerá la diferencia esencial entre *eros* o amor de aspiración y *agápê* o amor de efusión.

En el verano de 1931 busca los medios necesarios para dar inicio a su vocación neuropsiquiátrica. Como el nivel de la psiquiatría en la Universidad de Madrid era incipiente, decide viajar fuera de España. En 1932 marcha a Viena, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, a la clínica del profesor Otto Pötzl. Trabaja junto a este en el Hospital General donde se llevaba a cabo el estudio de una medicina que consideraba toda enfermedad humana, hasta las más corporales, como la consecuencia de un proceso a la vez somático y psíquico. En Viena se encuentra también disfrutando de una pensión el médico gallego Juan Rof Carballo. Una gran amistad les unirá a ambos intelectuales referentes del humanismo médico español.

Al tener noticia de unas oposiciones a médico para el Manicomio de Valencia regresa a España. No obtuvo la plaza, pero por mediación de su futuro suegro consiguió un puesto como médico en Sevilla. Tocando a su fin el verano de 1933 se ofrece para trabajar gratuitamente en el Manicomio de Miraflores de la capital hispalense. Su trabajo en Sevilla durará un año escaso, pues en la primavera de 1934 gana la oposición a una plaza como médico de guardia en el Instituto de Psiquiatría Provincial de Valencia. Cercanas las navidades de 1934 contrae matrimonio en Sevilla. Casi un año después nacerá su hija Milagro.

La Guerra Civil sorprende a Laín en tierras cántabras. La Junta Central de Acción Católica había promovido el proyecto de celebrar una serie de conferencias en los Cursos de Verano

de Santander. Barcia Goyanes animó a su amigo Laín para que participase en un curso de Antropología médica. Las ponencias tendrían como objeto el esbozo teórico de una medicina cuyo fundamento real fuese el ser humano en su integridad. Barcia desarrollaría una antropología del cuerpo humano y Laín describiría la actividad del alma desde la perspectiva del cuerpo. El estallido de la guerra impidió que Laín pudiera impartir su conferencia. Ambos tuvieron que cavilar cómo abandonar Santander para ir al encuentro de sus familias. El 18 de agosto, tras muchas dificultades, viajan a Pamplona. Barcia regresaría a Galicia, mientras que Laín permanecerá allí temporalmente para ofrecerse como médico en el Gobierno Militar. Como el servicio sanitario estaba suficientemente cubierto, Fidel Jadraque —antiguo compañero de estudios— le oferta alistarse en las milicias de Falange. Laín se sentía cerca del falangismo desde que había leído algunos discursos de José Antonio Primo de Rivera y comenzó a poner su esperanza de solución a los problemas de España en este partido. En las milicias de Falange estuvo poco tiempo al sentirse más inclinado a labores intelectuales, con la clara intención de promover la cordura en un pueblo invadido por el odio. Se puso en contacto con Fermín Yzurdiaga, director del periódico *Arriba España*, quedando adscrito a la redacción de este diario durante un tiempo. Laín trabajará como médico supernumerario en el Manicomio Provincial mientras que Milagro impartía lecciones particulares a alumnos de bachillerato.

Llegado 1938 la familia se traslada a Burgos porque el ministro de Interior, Serrano Suñer, nombra a Laín jefe de la Sección de Ediciones del Servicio Nacional de Propaganda (más adelante convertido en la Editora Nacional). Dionisio Ridruejo —jefe de ese Servicio— será otra de sus grandes amistades. En Burgos se refuerza también su amistad con los antiguos componentes de la revista *Jerarquía* (Rosales, Vivanco, Torrente Ballester, Carlos Alonso del Real y Melchor Fernández de Almagro, entre otros). Este grupo

—encabezado por Ridruejo—, no se identificaba con el falangismo «oficial» y mostraba una actitud integradora, buscando conseguir que los libros de Antonio Machado Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, vieran la luz nuevamente en las librerías. Como era de prever, sus componentes van a sufrir las represalias de quienes veían en esta actitud aperturista un signo de deslealtad.

El 1 de abril de 1939, finalizada la guerra, la familia Laín Entralgo, con un hijo recién nacido, Pedro, prepara su traslado a Madrid. La respuesta de los vencedores hacia el otro bando era muy distinta de la visión conciliadora de Laín y el grupo de *Jerarquía*, ahondándose la separación entre vencedores y vencidos. Entre 1939, año de la victoria, y 1951, año en que es nombrado rector de la Universidad Complutense de Madrid, su adhesión al falangismo se enfría progresivamente. En noviembre de 1940 ve la luz el primer número de la revista *Escorial*, de la que Dionisio Ridruejo será director y Laín subdirector, el objetivo primordial fue el de reestablecer la unidad rota por la guerra y promover un proyecto que restañara la cultura española. Al mismo tiempo, como revulsivo frente a esa situación, Laín comenzó a desarrollar una postura crítica aun permaneciendo dentro del sistema. En 1941 publica *Los valores morales del Nacionalindicalismo*. En la expresión «valores morales» se refleja la influencia que la filosofía del alemán Scheler tuvo en Europa. Esas páginas que, en principio, no iban destinadas a la confección de un libro, sino que eran objeto de una conferencia en un Congreso Sindical, acogen muchos principios del falangismo como la autonomía de la Iglesia y el Estado, la crítica hacia la «democracia cristiana» como medio para la realización político-social del cristianismo, la denuncia de la falta de crítica y diálogo o la necesaria integración del pueblo mediante un profundo cambio de las estructuras económicas. Presentan el falangismo como un ideario volcado en lo social que supera los programas políticos del liberalismo y del marxismo. No obstante, Laín cada vez se encontraría más lejos del espíritu totalitario del falangismo.

En Madrid continuará al frente de la Sección de Ediciones de la Editora Nacional. Durante su estancia en este cargo se publicará un libro de Zubiri, *Naturaleza, Historia y Dios*. En 1942, al acceder a la cátedra de Historia de la Medicina, abandona este cargo para dedicarse con mayor exclusividad a su verdadera vocación, que fue la Universidad. En 1946 Ingresó en la Real Academia de Medicina con un discurso sobre la antropología en la obra de fray Luis de Granada.

Del periodo tras la finalización de la Guerra Civil cabe también destacar el cumplimiento del anhelado deseo de Laín: conocer personalmente a Xavier Zubiri, quien será amigo y maestro hasta la muerte de este en 1983. Siempre ponderará el gran peso que tuvo su magisterio filosófico. Cuando en el verano de 1942 Zubiri llegó a Madrid después de tres años ejerciendo la docencia en la Universidad de Barcelona, Pedro Laín luchó sobremanera para conseguir su ingreso en la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, pero los esfuerzos fueron en vano.

Ya en 1951, muy a pesar suyo, es nombrado rector de la Universidad de Madrid por Joaquín Ruíz-Giménez, ministro de Educación Nacional. Este se había propuesto liberalizar la vida de la universidad. Pero tales intentos quedarían truncados debido a los sucesos del año 1956; tras la dimisión de Ruíz-Giménez, dimitirá de su cargo de rector y abandonará definitivamente Falange. Durante su periodo rectoral la carrera intelectual de Laín se verá premiada con el ingreso en la Real Academia Española en 1954. Muestra de su distanciamiento de las posturas franquistas fue su libro *España como problema* (1949) que recibió la réplica de Rafael Calvo Serer en *España sin problema*.

En este nuevo periodo, marcado por la liberación de cargos públicos, Laín escribe algunas de sus obras fundamentales de carácter antropológico como *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano* (1957) y *Teoría y realidad del otro*

(1961). En 1964 ingresa en la Real Academia de Historia con un discurso sobre «La amistad entre médico y enfermo en la Edad Media». Este mismo año funda la Sociedad Española de Historia de la Medicina. Junto con la dedicación a la Historia de la Medicina, Laín sigue indagando en el estudio de la relación entre el sanador y el paciente; en 1969 publica *El médico y el enfermo*, obra de tal trascendencia que es traducida simultáneamente en seis idiomas. Recibió el Premio Nacional de Teatro (1971) por sus críticas teatrales en *Gaceta Ilustrada* y otros medios. Pedro Laín forma parte también de la nómina de autores que más han trabajado el tema de España analizando tanto la problemática sociopolítica como la naturaleza de la cultura española. En la década de los setenta aparece *A qué llamamos España*. Será a mediados de la década de los setenta cuando Laín escriba *Descargo de conciencia (1930-1960)*, para ofrecer una pública relectura acerca de sus posicionamientos políticos pasados y su tránsito a una postura políticamente liberal.

En 1978, cumplidos los 70, se jubila académicamente abandonando la cátedra de Historia de la Medicina. No por ello dejará Laín la universidad, pues continuará como profesor emérito. Los premios y galardones no dejan de llegar: recibe la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. En 1982 es nombrado director de la Real Academia Española en sustitución de Dámaso Alonso, siendo reelegido en 1985. En 1989 recibe el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades y, diez años después el Premio Nacional de Investigación y el Premio Internacional de Ensayo Jovellanos por su obra *Qué es el hombre. Evolución y sentido de la vida*. Advertamos que, esta obra, cierra un ciclo intelectual muy importante en la vida de Laín pues, cumplidos sus 81 años, va a revisar en profundidad sus tesis antropológicas haciendo un viraje hacia unos planteamientos menos idealistas que los de

su etapa anterior a otros más realistas³. Esta empresa intelectual es la que inició con *Cuerpo y alma: Estructura dinámica del cuerpo humano* (1989).

Murió, a los 93 años, un 5 de junio de 2001. Estaba preparando un nuevo libro titulado *El morir de la persona*.

LAÍN, FILÓSOFO DE LA ESPERANZA

Es oportuno advertir al lector de algunos rasgos metodológicos de Laín. Los estudios históricos y antropológicos que desarrolla son dos actividades complementarias; Laín cuando afronta la historia de un problema o un hecho humano, como la esperanza, está haciendo antropología, porque, al igual que Ortega, considera que para comprender un hecho humano es necesario narrar una historia. Esta es la esencia de la *razón narrativa*.

Otro rasgo significativo fue el permanente propósito de integrar los hallazgos de la antropología positiva y las intuiciones de la indagación fenomenológica. Esta metodología integral que une ciencia y filosofía le alejan de un enfoque naturalista y le convierten en un pensador que transita de forma armónica desde la teoría a la reflexión fenomenológica. En este método de trabajo se reconoce el influjo de Bergson, Merleau-Ponty y, sobre todo, de Zubiri.

También es propio de la obra lainiana la exploración de los hábitos psicológicos, fisiológicos y sociales, que constituyen el fundamento natural de las virtudes teologales: la creencia (la condición *pística*⁴ de la existencia humana), la esperanza (su condición *elpídica*⁵) y el amor (su condición *filica*⁶, susceptible de cristianizarse

³ Gracia, Diego, *Voluntad de comprensión. La aventura intelectual de Pedro Laín Entralgo*, Triacastela, Madrid, 2010, p. 176.

⁴ *Pistis* en griego significa fe o creencia.

⁵ *Elpídico* proviene del vocablo griego *elpís* que significa esperanza, espera, previsión, conjetura, preocupación y temor.

⁶ Filía puede traducirse por amor, pero no en el sentido de eros ni ágape.

como disposición «agapética»). Laín describe ontológicamente al hombre no solo como animal racional sino también como creyente, esperante y amante. Estos tres hábitos constitutivos del ser humano los analiza desde la óptica de la teoría de la religación zubiriana.

Nelson R. Orringer —hispanista que analizó la obra de Laín— quiso distinguir tres etapas en su producción intelectual atendiendo a la preponderancia del tema de la creencia, la esperanza o el amor en cada una de ellas⁷. Sin embargo, el mismo Laín no tiene claro que sus obras hayan tenido un desarrollo fiel a ese orden que aprecia Orringer sino que, más bien, estos ingredientes siempre han estado entremezclados entre sí⁸.

El hombre es un ser constitutivamente abierto a la realidad, a diferencia del resto de seres vivos. Laín nos habla de cinco aperturas fundamentales del hombre: al pasado (gracias a ella el hombre escribe la historia), al cosmos (lo que le permite es estudio de la ciencia natural), a otros hombres (lo que favorece la convivencia), al futuro (que le hace vivir en esperanza) y al fundamento último de la realidad (que se sustancia en el fenómeno religioso). Tal apertura la realiza el hombre apoyado en un trípode: sus creencias, sus esperanzas y sus dilecciones⁹. Mediante su apertura constitutiva y gracias a la creencia, la esperanza y el amor, el hombre puede superar sus cuatro primordiales indigencias: necesidad de mundo cósmico, necesidad de saber, necesidad de los otros y necesidad de un fundamento último.

Las razones por las que Laín se dedicó al estudio histórico y antropológico de la esperanza son varias y no podemos detenernos en todas ellas, aunque sí en una de las más decisivas para

⁷ Orringer, Nelson R., *La aventura de curar. La antropología médica de Pedro Laín Entralgo*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996, p. 62.

⁸ Laín, Pedro, *Creer, esperar, amar*, Círculo de Lectores, Barcelona 1993, p. 9.

⁹ El término latino *diligo* significa amar. Del mismo provienen los vocablos dilecciones o diligente.

comprender el calado filosófico de su teoría sobre la esperanza. La enciclopédica obra titulada *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano* (1957) fue el intento de construir una teoría antropológica de la esperanza de distinto signo a la realizada por Heidegger en *Ser y tiempo* (1927). El filósofo alemán había realizado un análisis filosófico de la existencia partiendo de la actividad humana de la pregunta, es decir, de la necesidad de preguntar que el hombre tiene, llegando a una antropología en la cual la angustia será uno de los conceptos fundamentales. La angustia no debe ser confundida con el miedo sino como un estado de ánimo que se despierta en el hombre ante el descubrimiento del horizonte de la nada, el sinsentido de la existencia o la finitud. Laín en su nueva analítica considera que una respuesta filosófica más acertada que la de Heidegger es la que enfatiza la esperanza frente a la angustia. Por ello, describe al hombre como animal que anhela infinitud. El mismo Heidegger —dos años después de publicar *Ser y tiempo*— se preguntará si la definición del hombre como creador no obliga a considerarle «desde su más íntima finitud como infinito», pero, finalmente, no desarrolló esta posibilidad. De esta forma la aportación de Laín es una analítica de la existencia que adopta un punto de partida para comprender el cuidado de existir (*die Sorge*) distinto al heideggeriano: en lugar de la instalación mental de carácter interrogativo-angustiado, se opta por otra interrogativa-esperanzada, dado que, si no hubiera esperanza de obtener una respuesta, la pregunta sería absurda, del mismo modo que sin el acto de confianza en el logro de algo que se espera, el acto de aguardar tampoco tendría sentido. La espera en un andén de la llegada de un tren solo tiene sentido si tengo la confianza de que ese tren va a llegar.

Desde aquí podemos comprender la descripción del ser humano como un ser que anhela una plenitud (ser más) y la diferenciación que establece Laín entre la esperanza genuina y otra esperanza en sentido lato. La primera es la que da lugar a la esperanza de un Sumo

Bien que reclama la religación. Laín continúa su fenomenología de la esperanza mostrando que la más alta esperanza del hombre es la felicidad entendida al modo como Boecio describía la eternidad: un estado en el que sentimos que nada necesitamos, que todo lo deseable se posee. La vida humana es, en efecto, una constante pretensión de eternidad (ser siempre) y de totalidad (ser todo). Las páginas más bellas de Laín nos describen cómo el anhelo de cada criatura consiste en ese incremento de su ser (ser más, ser de otra forma) mediante el saber, el creer, el esperar y el amar.

Por tanto, enfocando el análisis existencial al modo como Laín lo realiza, diremos que el «ser-para-la-muerte» del análisis heideggeriano, aun siendo inexorable, como Heidegger dice, no es irrebalsable. Apoyado en la confianza el hombre se encuentra con una nueva perspectiva: es un «ser-para-la-vida». Su indagación confirmará que el ser humano posee una condición esperanzada: la esperanza está profundamente implantada en el corazón del hombre, hasta el punto de ser uno de los hábitos que mejor definen su existencia.

La dedicación al estudio de la esperanza no finalizó para Laín con la publicación de la enciclopédica obra *La espera y la esperanza*; lector y escritor *a tiempo completo*, siguió su teoría su teoría al hilo de los acontecimientos históricos. Además de la obra de 1957 publica *Antropología de la esperanza* (1978), *Creer, esperar, amar* (1993) y *Esperanza en tiempo de crisis* (1993).

El primero de ellos —el que ahora reedita Encuentro— se inicia con una síntesis de la parte histórica de *La espera y la esperanza* condensada en su día por su discípulo Diego Gracia. Pero esta obra goza de una importante novedad al incluir unos apéndices finales en los que dialoga con el filósofo alemán E. Bloch y con el teólogo protestante Moltmann. Cuando Laín escribe *La espera y la esperanza*, no pudo hacer referencia a la obra de Bloch. De los tres volúmenes que componen la obra del filósofo alemán, había aparecido el primero en 1954 y el segundo en 1955. El contenido

que más interesaba a Laín, la reflexión antropológica sobre la esperanza humana, la moral, la religión y el sumo bien, aparecería en el tomo tercero. Por tanto, *El principio esperanza* ve la luz, en su versión definitiva, entre la primera y segunda edición del estudio elpidológico lainiano. Aun percibiendo la diferencia entre la obra de Bloch y la suya, Laín considera que su idea de la esperanza y la idea bloquiana del *Prinzip Hoffnung* son dos opciones que debían cooperar intelectual y socialmente entre sí, no obstante su radical diferencia, para promover la justicia en el mundo. Por lo que respecta a la obra de J. Moltmann, *Teología de la esperanza* (1964), sabemos que cautivó a Laín, siendo un gran espaldarazo para la reflexión elpidológica, pues le permite complementar el aspecto social o convivencial de las esperanzas colectivas. Como observó González de Cardedal, gracias a Moltmann, Laín tuvo la oportunidad de confrontar su propuesta antropológica con una rigurosamente teológica.

Deseamos que disfrute de la lectura de una obra imprescindible para quienes buscan conocer la naturaleza de la vida humana.

Antonio Piñas Mesa
Enero de 2025

PRÓLOGO

Este librejo, en el cual es puesto al día y reducido a dimensión «bolsillable», como solía decir don Américo Castro, el corpulento volumen que llevó por título *La espera y la esperanza*, ha sido posible gracias a un acto de fina y amistosa generosidad. Me explicaré. Hace ya varios años me sugirió Diego Gracia la conveniencia de convertir dicho volumen en libro de bolsillo, dejando en su pura esencia la parte de él en que se estudia la historia del tema, conservando en su integridad la fracción restante, en la cual viene expuesta mi idea del esperar humano, en tanto que problema antropológico, y añadiendo a todo lo anterior un epílogo que recogiera y comentara, desde ese punto de vista, lo no poco que luego que se ha publicado sobre la realidad y los problemas de la esperanza. La propuesta me pareció de perlas; pero la absorbente tarea en que por entonces andaba yo metido y, para qué ocultarlo, mi habitual desánimo ante la desabrida empresa de revisar lo que escribí antaño, me hicieron degollar la tentación de aceptarla. Calló Diego Gracia, y por el momento no se habló más del tema. Solo por el momento. Semanas después, mi amigo se presentó con una carpeta, dentro de la cual las dos primeras porciones de su proyecto —reducción quintaesencial de la parte histórica de mi libro, copia fiel y revisada de su fracción sistemática— se hallaban ya realizadas. La maestría con que el contenido de cuatrocientas

páginas ha sido condensado, sin perder un ápice de su sentido, en pocas docenas de ellas, es verdaderamente admirable.

Durante todo un lustro, suya tanto como mía, la carpeta de Diego Gracia ha estado a mi vista, en el despacho de mi trabajo más habitual, como constante incitación a una faena siempre diferida. Hasta ahora. Porque en el momento mismo en que me dispongo a iniciar la etapa final de mi vida de escritor —más o menos serenada mi conciencia de español con un público examen de ella, más o menos apaciguada mi conciencia de docente con la confección de un manual didáctico de mi disciplina universitaria— me tienta con fuerza acrecida la aventura de renovar mi contacto con el tema de la esperanza y con lo que sobre él se ha dicho durante los últimos veintiún años. Manos a la obra, pues. Este prólogo y el epílogo que vendrán luego serán el *intermezzo* entre mi más inmediato ayer y mi más próximo mañana, y pondrán a prueba la validez de mi propio, creo que aún vigente pensamiento.

A falta de títulos mejores —decía yo en 1956, como encabezamiento de la primera edición de *La espera y la esperanza*—, nadie negará a este libro el que pueda otorgarle la lentitud de su elaboración. Un viejo y no caduco precepto, *nonum prematur in annum*, «guarda nueve años tus escritos», ha sido con él holgadamente cumplido. No menos de quince habían pasado, en efecto, desde que apareció ante mí como tema atrayente la antropología de la esperanza. La confección, en 1941, del estudio que los aspirantes españoles a la docencia universitaria suelen llamar «Memoria», me condujo a revisar el pensamiento historiológico de Martín Heidegger, y casi al término de mis animosas consideraciones me atreví a escribir el párrafo que sigue:

¿Es que la analítica de la existencia no puede adoptar como punto de partida un modo de ser distinto de aquel que el preguntar

expresa? Esto no queda oculto al propio Heidegger, cuando dice que ese modo de iniciar el estudio de la existencia humana nunca podrá arrogarse la pretensión de ser el único. ¿Qué sucedería si, en lugar de partir desde el modo de ser de la pregunta, se partiese desde el modo de ser de la creencia? Nadie negará que este último es un habitual modo de ser de la existencia humana ... Más aún. Cuando hago o me hago una pregunta, ello no sucede sin un determinado temple de ánimo fundamental (una *Befindlichkeit*) que puede corresponder ontológica y existencialmente, bien a nuestra idea de la *esperanza*, y entonces consiste en una suerte de apoyo de la existencia en la seguridad de obtener respuesta esclarecedora, bien a la *desesperanza*, esa especie de retracción de la existencia sobre sí misma ante la vacía nihilidad de lo porvenir. Acaso podría hablarse del temple de la *espera*, al cual pertenecerían como formas derivadas la esperanza y la desesperanza. Tengo la seguridad de que un análisis de este fenómeno de la espera, tomado como previa orientación (*leitende Hinblicknahme*) en nuestra pregunta por el ser de la existencia humana, nos mostraría a esta venciendo de algún modo su recortada finitud aparente, y nos haría ver con ello que la conciencia de esa finitud no es una constitutiva e inexorable necesidad de la existencia misma, sino un posible modo de ser suyo.

Desde 1941, una actividad intelectual siempre viva en mí —la cavilación sobre distintos temas de la antropología médica; ¿acaso no es el enfermo un hombre al que su cuerpo impide esperar con normalidad, acaso el médico no es, en consecuencia, un dispensador de esperanza?— y, sobre ella, una serie de tareas concretas —un breve curso de conferencias en Santander (1950) y otro en Madrid (1953), mi discurso de ingreso en la Real Academia Española (1955)—, fueron convirtiendo en coherente, documentado y articulado cuerpo de doctrina la pretensión contenida en las palabras antes transcritas. Por fin, y por las ocasionales razones subjetivas que en otro lugar he consignado, acometí y llevé a término el nada chico esfuerzo de redactar el original de *La espera y la esperanza*. Fue durante la primavera y el verano de 1956.

1941-1956. El quindenio a lo largo del cual, mientras la Segunda Guerra Mundial y su posguerra hacían definitivamente ostensible

ANTROPOLOGÍA DE LA ESPERANZA

Este libro nos invita a reflexionar sobre uno de los motores fundamentales del ser humano: la esperanza. A través de un análisis profundo y accesible, el autor explora cómo este concepto ha guiado nuestra historia, desde sus raíces más primitivas hasta su impacto en el mundo contemporáneo. Un libro escrito de manera clara, rigurosa y precisa, heredero de la mejor tradición que aúna el saber científico con el filosófico y el humanístico.

Laín Entralgo, «el intelectual español que más páginas ha dedicado al estudio histórico y antropológico del esperar y la esperanza humana», revela la esperanza no solo como un anhelo hacia el futuro, sino como una fuerza que da sentido a nuestra existencia, nos impulsa a la libertad y nos conecta con nuestra búsqueda de trascendencia.

«Es este un libro que enganchará a los amantes del pensamiento y a quienes buscan *dar razón de su esperanza*» —Antonio Piñas Mesa

Depósito Legal: M-9487-2025



ISBN: 978-84-1339-234-9

